

XXX.

Poco tardó en llegar á Nápoles con su ejército el cardenal Ruffo, llamado de los cuarenta mil *lazzaroni* que vagaban por sus calles, muelles y plazas; populacho idólatra de toda servidumbre á fuerza de ser ignorante y grosero, y de no alcanzar á comprender, á causa de su abyeccion y rebajamiento, cuánto es amable la libertad. Advertido Nelson por el rumor de la contrarrevolucion, llamó á sí las escuadras del Mediterráneo, que se hallaban dispersas en los mares del Egipto y de la Italia, y formó una flota de diez y ocho navios, reconcentrándola cerca de la isla de Maritimo, á la parte oriental de Sicilia. Embarcóse lady Hamilton en compañía del Almirante, y salió en demanda del golfo de Nápoles para preparar por sí misma el camino de la Reina, su amiga, y precederla en las venganzas y represalias. Pero al llegar Nelson, halló conquistada la ciudad rebelde y ocupada por las tropas de Ruffo, rendidos los fuertes y amparados los jefes insurrectos á virtud de las cláusulas estipuladas con el Cardenal en la capitulacion; documento en el cual se les prometia la vida y la libertad de abandonar el reino, y que firmó tambien para revestirlo de mayor solemnidad, á ruego del vencedor, el capitán inglés Foots, que mandaba el bloqueo en ausencia de Nelson. Y como al entrar en la bahía con su escuadra el 23 de Junio ya hubiese llegado á sus oidos el rumor de la capitulacion, lady Hamilton se negó á dar crédito á la especie de que contuviera ésta cláusulas tales que dejasen no ya con libertad, pero con vida, ninguno de los caudillos rebeldes. Así fué que al ver

con el catalejo desde la toldilla del navio almirante la bandera blanca que tremolaba en lo alto de los castillos de Nápoles, y persuadirse con esto de lo que ántes no quiso creer, volviéndose á Nelson, poseida de grande indignacion y mostrándole con el dedo el emblema de paz, le dijo:

«Abatid al punto esa bandera; que no se capitula con rebeldes!»

Y Nelson, esclavo del amor que sentia por lady Hamilton, obedeció sin vacilar. Méenos implacable Ruffo entónces que un extranjero, á pesar de que tanto más enemigos son los hombres en las guerras civiles, cuanto son más compatriotas, se negó resuelta y noblemente á violar la palabra empeñada. Visto lo cual de los ingleses, llamaron á bordo al prelado generalísimo para transmitirle de viva voz por el órgano de lady Hamilton las órdenes terminantes de la Reina; y aunque Ruffo abogó con mucha energía en favor de los enemigos vencidos y amnistiados, y manifestó á Nelson y á su cómplice que si no se respetaba la libertad y la vida de los jefes republicanos retiraria sus tropas de Nápoles para no manchar sus banderas ni aun por la causa de Dios y del Rey con tamaña felonía como lo era ciertamente violar lo pactado en daño de hombres inermes ya y sometidos, la embajadora, sin atender á otra cosa que á la venganza de su amiga, tomó todo sobre sí, compartiendo Nelson con ella para mayor ignominia de su patria la responsabilidad de la infamia y de los crímenes que iban á cometerse por consecuencia de un perjurio. Y comenzando á poner en ejecucion su pensamiento, lady Hamilton arancó de las manos de Foots la capitulacion, rompiéndola y arrojando sus pedazos al mar, y á seguida fueron entregados á los consejos de guerra ó

al puñal asesino del populacho los republicanos prisioneros, en número de seis mil, advirtiendo que en esa cifra se hallaba comprendida la juventud noble de Nápoles, y cuanto había de más esclarecido en el clero, la literatura y las artes.

Comenzaron á funcionar los consejos de guerra, y con ellos el imperio del *terror*, corriendo á raudales la sangre; y como si esto no bastara, sucumbían al puñal de los asesinos y eran arrojados al mar los que lograban desasirse de las manos del verdugo. Cuadrillas de sicarios y de soplones, que parecían resucitados de los tiempos de Tiberio, revestían de formalidad legal todo género de muertes, y á mayor abundamiento recorrían las provincias jueces ambulantes, seguidos de verdugos, para completar con el suplicio la pacificación: cuarenta mil ciudadanos cayeron por tales medios bajo la segur de los lictores, que desembarazaron así el camino que debían recorrer el Monarca y su implacable consorte, sin que faltara tampoco al horror del cuadro espectáculos como los de que fué teatro la plaza misma del palacio real, en la que se vio á los *lazzaroni* arrojarse atados y vivos muchos individuos á las hogueras encendidas expresamente para quemarlos; escenas espantables que pasaban consentidas del jefe de la escuadra misma en que volvía la familia real restaurada. La Reina enviaba listas sobre listas de proscripción, y esto, unido á las delaciones que arrancaba la tortura en las cárceles, y á las confidencias de la policía secreta, jueces, tribunales, consejos de guerra y ejecutores de la ley no tenían vagar un solo punto. Entónces sucumbieron en la horca y fueron sepultados en las aguas del golfo despues de morir los hombres más ilustres por su nacimiento, su saber, virtudes ó servicios,

tales como Cyrillo, Menthone, Conforti, Fiano, Albanese, Fiorentino, Pagano, el obispo Sarno, el prelado Natale, la marquesa de San Felice, la poetisa Leonor Pimentel y trescientos otros, cuyos nombres sería prolijo enumerar. Los príncipes Torella y Riario, el baron Poerio, afamado tribuno de ideas templadas; el marqués Carleto y el caballero Abamonti fueron deportados por gracia especial á la isla desierta de Farignana, cerca de Sicilia, sin más asilo para guarecerse que una caverna submarina que sirvió en otro tiempo de anticipado sepulcro á los desterrados de Roma.

Pero con ser esto cruel, lo fué más todavía la muerte dada por aquellos dias á tres jóvenes de la grandeza del reino, que no habían cumplido la edad prescrita por la ley para sufrir la última pena, siendo estos Serra, Riario y el hijo único del marqués Genzano, cuya cabeza rodó en el cadalso ántes de contar diez y seis años, á quien admiró Nápoles por su hermosura y lloró por su inocencia. Bien será decir de paso que su padre, Bruto de la cobardía, para no hacerse sospechoso siquiera de complicidad con el muerto, afectó en todas partes serlo de los verdugos, y que pasados algunos dias obsequió á los jueces que lo condenaron á muerte con un banquete de congratulación. No estará de más añadir también que como hubieran sentenciado á la última pena una joven de la más elevada nobleza por ser amante de un jefe revolucionario, y ella declarase la víspera del suplicio estar en cinta, la mandaron reconocer por una comisión facultativa, y que, como los médicos ratificaron su dicho, se dispuso quedara en suspenso el fallo hasta que diese á luz, ejecutándose inmediatamente despues, lo cual tuvo lugar al pié de la letra, muriendo la

madre tan luégo nació el hijo. Basta con lo expuesto para comprender que las proseripciones de Mario, de Sylva, de Tiberio y de la Convencion, quedaron igualadas cuando ménos en Nápoles por la saña de la corte, secundada en esto y estimulada por un populacho fanático, y protegida por un héroe británico, sometido y esclavo de una meretriz.

XXXI.

Pero Nelson, no sólo consintió aquellos horrores en la ciudad, sino que cedió á convertir sus naves en tribunales de sangre del *terror* monárquico. Pues como el almirante napolitano Carraciolo, su compañero de armas cuando las flotas inglesas y sicilianas operaban combinadas, y que habia escoltado al Rey hasta Palermo, hubiera vuelto á la capital con permiso del Monarca para evitar por tal modo la confiscacion de sus bienes por la República, mereciera del nuevo Gobierno, bien á su pesar, ser nombrado jefe de la marina en virtud de su talento y de su fama, y héchose de consiguiente acreedor á castigo; presintiendo sus amigos la venganza de la Reina, le facilitaron el medio de huir de los fuertes en traje de calabrés, miéntras se negociaba la capitulacion. Mas quiso su mala estrella que lo descubriesen, interrogasen y reconociesen, llevándolo á Nápoles prisionero, y que al saberlo Nelson lo reclamase y lo hiciera conducir á la escuadra. Cuantos conocian las buenas relaciones de amistad que unieron antiguamente á estos dos marinos, que dieron persuadidos al entender la peticion del inglés que tenía por objeto brindarle con encubierta hospitalidad y salvarlo de la saña de Carolina, la

cual no sería osada en ningun caso á extremar sus odios en quien se hallaba en cierto modo bajo el amparo del pabellon británico. Mas como no lo entendia lady Hamilton así, pues se propuso convertir en cadalso del ilustre napolitano un buque inglés, no bien hubo pisado la cubierta del navio almirante, donde áun residia ella, convocó Nelson un consejo de guerra formado de oficiales sicilianos y presidido por el conde de Thurn. Compareció el acusado ante sus jueces, pidió que le dieran el tiempo necesario para reunir los documentos justificativos de su inocencia y los testimonios de su conducta durante la revolucion, y estimando el tribunal precedente la demanda, lo partieipó así á Nelson, quien les mandó fallar sin más tardanza. Obedecieron sus individuos, y condenaron á Carraciolo á destierro perpétuo; pero al tener Nelson conocimiento de la sentencia, exigió que fuera esta de muerte. Una hora despues, bajaba el infortunado general siciliano, atadas las manos como un criminal, la escala del navio de Nelson para ser ahorcado en su propio buque, el *Minerva*. Miéntras, encerrada lady Hamilton con Nelson en la cámara del Almirante, negábase á recibir á cuantas personas acudian á bordo para implorar su mediacion, suponiéndola compasiva. Nelson mismo permanecia sordo á las elocuentes insinuaciones de sus oficiales: que la corte pedia la sangre de Carraciolo, y el amor pagaba el crimen de su asesino.

Llegado que hubo Carraciolo á la cubierta del *Minerva*, anclado á poca distancia del navio de Nelson, oyó resignado su sentencia de muerte; pero protestó contra la forma en que trataban de dársela.

«Soy viejo ya,—dijo al oficial encargado de ha-

cer cumplir la sentencia;—y mis canas me advierten que sólo muy poco tiempo de vida me quitan los jueces; y como no dejo viuda ni familia en pos de mí que pueda llorarme, no siento apego á cosa ninguna; pero si bien esto es cierto, no lo es ménos que se me hace duro y afrentoso al cabo de setenta y dos años de vivir honradamente abandonar el mundo dejando asociado á mi recuerdo en la memoria de las gentes el tan innoble de la horca. Decid de mi parte á Nelson, mi amigo y compañero de otros tiempos, que le pido sólo mude mi suplicio, mandando que me fusilen.»

El oficial inglés á quien se dirigía el reo con tan nobles palabras, hizo suspender la ejecucion, y previno del caso á su Almirante, que permanecía invisible á bordo.

«Cumplid vuestro deber,»—contestó duramente Nelson, volviendo al mensajero la espalda para evitar que acaso pudiera insistir.

Con esta respuesta izaron á Carraciolo por el cuello á una verga, y espiró al modo de los malhechores y piratas con aplauso de algunos, lástima y duelo de los demas, y vergüenza de todos, particularmente de Nelson, su verdugo. A lo que dicen, subió lady Hamilton á la cubierta de su buque para contemplar el cadáver del ajusticiado, que permaneció suspendido en su flotante patíbulo hasta la noche, y entonces, cuando se hizo la oscuridad en la bahía, lo descolgaron, y atándole dos balas encadenadas á los piés, lo arrojaron al agua. ¡Pero el mar no lo quiso y lo echó fuera!

Tres dias despues de tener lugar este horrible suceso, llegaba el rey de las Dos Sicilias á Nápoles, procedente de Palermo, á bordo de un navio inglés. Hallábase S. M. sobre cubierta leyendo las listas de

proscripcion que le alargaba la Reina, y miétras lady Hamilton, que habia salido al encuentro de su amiga para darle cuenta del estrago hecho por ella en nombre suyo, departia con Carolina, Nelson y un grupo de cortesanos. El mar estaba un tanto agitado, y hácia la popa del navio en que iban los Reyes se levantaban densos remolinos de oleaje, cuando hé aquí que de improviso surge del agua, como aparicion fantástica, el busto de un anciano con los cabellos en desórden y fija la mirada. Oyese un grito de horror en el alcázar. El Rey se vuelve y reconoce á Carraciolo en el que parece seguir andando á la nave.

—«¿Qué quiere de mí ese hombre?»—prorumpió S. M. palideciendo.

—Diriase que viene á implorar sepultura cristiana para su cuerpo,—le contestó su confesor al oírlo.

—¡Pues que se la den!»—repuso el Monarca retirándose y bajando consternado á la cámara, miétras que los marineros recogian el cadáver y lo trasportaban para darle tierra á la pequeña iglesia de Santa Lucía, situada en los muelles de Nápoles.

El mar habia roto la ligadura que ataba las balas de cañon puestas á los piés del Almirante, y su cuerpo, libre del peso é hinchado además con el agua, pudo subir á la superficie. Nunca por efecto de una manera de milagro natural se mostró más evidente que aquel dia la mano de Dios para castigar airada la venganza y el odio político.

XXXII.

Los infames servicios prestados en aquella circunstancia por lady Hamilton y Nelson á la corte de Nápoles, recibieron digna recompensa: la Embajadora fué colmada de honores y presentes por la Reina, y Nelson asimismo por el Rey, llegando éstos al exceso cuando el inglés trasladó al Monarca á Sicilia por pocos dias despues de restaurado en el trono, porque se mandó construir entónces en el palacio de Palermo un templo á la Gloria, decorado con todos los emblemas del triunfo, y en él tuvo lugar la coronacion del héroe por los principes de la familia real, asistiendo al acto para mayor solemnidad los Reyes y lady Hamilton. Y como si esto no fuera bastante, le regaló el Monarca una magnífica espada guarnecida de pedrería, y además le hizo merced del título de duque de Bronto y de pingües rentas anexas á él. Al propio tiempo recibieron encargo los principales artistas de Italia de cincelar su estatua y de levantarle una columna rostral. Pero con ser muchos y grandes los dictados, honores y riquezas que le dispensaban los reyes de Nápoles, y grande y mucho también el amor que le tenía lady Hamilton, ni la fortuna ni la voluptuosidad podían ser bastante á sofocar la vergüenza y los remordimientos del héroe vendido por favorita infame á las pasiones de una corte sanguinaria y corrompida.

XXXIII.

Poco despues de haber tenido lugar estos sucesos, regresó Nelson á Inglaterra en compañía de lady Hamilton, recibiendo entónces los honores de sus triunfos de Abukir y de Nápoles. Todos los buques surtos en el Támesis se empavesaron al rumor de su llegada; el Gobierno y las corporaciones de Lóndres le felicitaron con entusiasmo, y le regalaron espadas y sables de honor, y el pueblo, tan fácil de agitar siempre á favor de los héroes de la guerra, le hizo grandes demostraciones tan espontáneas como apasionadas, vitoreándolo y aclamándolo por las calles; siendo tantos los aplausos y las alabanzas que le prodigaban sus compatriotas, que no advertían en las flaquezas del ídolo. Pero gozó mal de su popularidad y de su fama. Pues sometido á Emma y esclavo de sus gracias, se apartó con escándalo de su mujer y de su hijo adoptivo, y fué á vivir en compañía de su amada, viuda ya de sir William Hamilton. Justo fué, sin embargo, en medio de su debilidad, pues no imputó jamás á lady Nelson las causas secretas de su divorcio, sino que le dijo bajo su firma las siguientes palabras: «El cielo es testigo de que no hay ternura, inocencia y virtud que no reconozca en ti.»

Pero si era dueño de sí para ser equitativo con la esposa fiel y honrada, no lo era para reprimir los impetus de su corazón y separarse de la cortisana que lo tenía cautivo de sus gracias, implorar el perdón de quien había ofendido tanto y recogerse á su hogar, sino que consumó su falta comprando en los alrededores de Lóndres la quinta de Merton,

donde se instaló con Emma para esconder mejor á los ojos de todos el objeto de sus amores, causa de sus remordimientos y móvil tambien de sus grandes acciones y miserias. Por aquel tiempo tuvo una hija la viuda de Hamilton, y el Almirante la dió su nombre, llamándola Horacia.

XXXIV.

La guerra del Báltico lo llamó de nuevo al Océano, y con su escuadra forzó entónces el puerto de Copenhague é incendió la escuadra dinamarquesa; hecho bárbaro y feroz, más digno de un Atila del mar que de un soldado, que rodeó su nombre de horrible aureola de fuego en Europa, y exaltó el entusiasmo de los londinenses hasta el fanatismo. Regresó luégo á la capital, que le hizo magnífico recibimiento, y el Rey lo condecoró con el título de lord; pues así el pueblo como el Monarca no veían otro contrapeso á Napoleon que la bizarría y el genio de Nelson.

XXXV.

Prosegua Napoleon entretanto su comenzado duelo contra la independencia del continente; pero como en tanto que fuera libre la Gran Bretaña, tenía la libertad del mundo asilo seguro y podia encontrar quien volviera por sus fueros, se hacia necesario destruir aquel punto de apoyo al ariete de las naciones vencidas, humilladas y que no soportaban con resignacion el yugo impuesto del vencedor para mantenerlas inmóviles, aliadas ó sujetas y

gózar tranquilo de su servidumbre: que despues de haber deslumbrado Bonaparte al Egipto con el brillo de sus armas, y conquistado á Italia, intimidado á los alemanes, uncido á España al carro de su política, é incorporado la Holanda, trasportó los sueños de su ambicion desaforada de las costas de Siria á las de Inglaterra, trasladando á Occidente aquel imperio universal que labró con la fantasia en Oriente al despuntar la aurora de su fortuna. Pues roto y maltrecho al pié de los muros de San Juan de Acre, y desbaratado en Abukir á cañonazos por Nelson, Napoleon reconstruyó sus imaginaciones en Boulogne á la vista de los peñascos de Douvres; mas por singularísimo acaso del destino, el mismo genio que destruyó sus planes gigantescos en Egipto, debia echarlos ahora por tierra y deshacerlos. Hubiérase dicho que Nelson y Napoleon eran en aquel momento histórico los dos formidables antagonistas en quienes se personificaban y resumian la conquista del continente por tierra y su resistencia por mar. Así aconteció tambien á la caída de la república romana, cuando Pompeyo y César asumieron bajo sus nombres respectivos la libertad y la esclavitud del mundo, y que por obra del combate naval de Actio intentaron disputarse la supremacia, perdiéndose la libertad con ella y quedando esclavo el universo á César.

XXXVI.

Diez y ocho meses hacia que no cesaba Napoleon de acumular en los puertos de la costa de Francia y Holanda, próximos al canal de la Mancha, elementos y medios de poner en ejecucion un desembarco en Inglaterra: como que la innumerable flotilla de

sus chalupas cañoneras reunidas en las aguas de Boulogne y dispuestas á embarcar sus tropas acampadas en la orilla, podia, en pocas horas de buena suerte, servir sobre el brazo de mar que separa entrambas riberas de puente movable por donde pasara uno de aquellos ejércitos franceses tan temerosos en tierra cuanto eran temerosas en el Océano las escuadras de la Gran Bretaña. Y siendo así, aunque fuera muy grande y exaltado el patriotismo de Inglaterra, trasformada por el carácter de sus hijos y su ingenio en el más portentoso cenro de trabajo, riqueza, navegacion y progreso de los siglos, comparando su influencia en el mundo con su extension geográfica, era indudable que doscientos mil franceses aguerridos, bizarros y animados del espíritu de Napoleon, al ménos por un momento, habrian sometido el país, arrasado sus fortalezas, clavado sus cañones, incendiado sus arsenales y dispersado los elementos de su riqueza y libertad. No es ménos cierto que la Inglaterra se habria refugiado entónces en sus naves y que se hubiera lanzado en persecucion de las cañoneras del Emperador, destrozándolas y acabando con ellas en sus propios puertos y aprisionando á los franceses en su propia conquista, lo cual los hubiese reducido á retirarse voluntariamente y á capitular con gloria para el vencedor; pero cómo dudar tampoco del estrago, de la vergüenza y de las calamidades de una invasion en Londres, cuyos efectos habrian pesado de tal modo sobre su riqueza y bienestar, que, aún siendo breve y pasajera la estancia del enemigo en Inglaterra, y sobre todo en la capital, es incalculable la sangre, el hierro y el oro que le habria costado redimirse y recuperar su independencia y sus fueros.

XXXVII.

Atentos los ingleses á los preparativos militares de Napoleon, estremecianse al pensar en las consecuencias que podria tener para ellos el éxito de un golpe de mano del Emperador, la imprevisión ó la torpeza de una maniobra mal mandada ó entendida por sus almirantes ó marineros, ó un día de calma ó de tempestad bien aprovechado por el audaz enemigo. Y como las flotas de la Gran Bretaña cubrian el canal de la Mancha ó interceptaban suficientemente el paso á las chalupas de transporte, *cáscaras de nuez*, según la expresion despreciativa de los marinos ingleses, y hubieran podido ser barridas del mar á cañonazos por una sola fragata de guerra, Napoleon se propuso no aventurar sus escuadrillas sino despues de haber reunido, trayéndolos de los puertos de Holanda, Francia y España, cincuenta ó sesenta navios de guerra, nueva *Invencible*, y de arrojarlos sobre las flotas británicas para distraerlas con una victoria ó con una derrota, pasando el estrecho á favor suyo. Pero encerrados los navios de que disponia Napoleon, unos en el Escalda, otros en Brest, éstos en Tolon, aquéllos en Cádiz por el bloqueo de las escuadras inglesas, no podian agruparse y formar una armada superior ó siquiera igual á la del contrario sino á fuerza de misterio, de combinaciones, de suerte y de buenaventura, ni tampoco sus almirantes tenían el genio ni la capacidad necesaria para concebir ni atreverse á ejecutar los planes y maniobras heroicas y desesperadas que suelen á las veces hacer fuerza y vencer las mayores dificultades, y que tan bien se bu-

bieran adaptado entónces á la impaciencia y al entusiasmo de Napoleon. Porque si eran bizarros, faltábales la osadía, y todos flanqueaban bajo el peso de la responsabilidad que les imponía su cargo, pues si la guerra terrestre sólo ha menester de heroísmo, la marítima exige, además, gran caudal de ciencia. Los cuerpos de ejército diezmados ó vencidos se rehacen, reorganizan ó reforman; pero las escuadras que naufragan ó se queman desaparecen con sus tripulantes y no dejan de si otra cosa sino despojos flotantes; y en tanto que las maniobras de un ejército consisten sólo en el golpe de vista y en la pericia del jefe, las que se practican en el Océano dependen así de los vientos, de las distancias y de los marineros como de las calmas y de las tempestades, accidentes que no pueden prever ni dominar los ingenios más esclarecidos, y diferencias importantísimas que Napoleon no lograba explicarse, haciendo por tanto responsables á sus generales de mar de las condiciones de su arte y de los elementos.

Y tanto llegó á desesperarse con las dificultades que ofrecía la reunión de sus escuadras en una sola formidable armada en el canal de la Mancha, que concibió el proyecto de hacer salir de Tolon y de Brest dos flotas separadas de sesenta velas, llevando á su bordo cuarenta mil hombres de desembarco, las cuales tomarían el rumbo de las Indias por diferentes derroteros, para dar un golpe terrible al poder de la Gran Bretaña en Oriente, mientras no se lo asestaba más terrible aún en la metrópoli. El Emperador entendía que al hacer esto sus dos escuadras, las de Inglaterra se lanzarían en su seguimiento, y que mientras volaban en auxilio de la India, como quedaria ménos guardado el Canal,

acaso pudiera entónces caer sobre su presa tan codiciada con el ejército y las chalupas.

XXXVIII.

Pero como la inmensidad y la lentitud indispensable al desarrollo del proyecto indicado agotaran su paciencia, se propuso la ejecución de otro ménos grandioso y más rápido, que debía dar por resultado reunir sus escuadras en un punto distante del Océano, y atraer á él las de Inglaterra separándolas del canal de la Mancha. Y pareciéndole mejor este pensamiento, mandó salir de Tolon á Villeneuve, bajo cuyas órdenes quería poner la escuadra combinada, con trece navios y algunas fragatas, para que con la flota de Gravina, surta en la bahía de Cadiz, cruzara el Atlántico y se incorporase la del almirante Missiessy, compuesta de seis navios y que se hallaba en las Antillas. Gantheaume, que mandaba las naves de Brest, debía de aprovechar la primera tempestad que alejase al inglés Cornwatis de su crucero delante del puerto, para ir á reunirse con Villeneuve, Gravina y Missiessy en la Martinica. Hecho esto, y despues de inquietar á los ingleses en sus posesiones antillanas, la flota combinada volvería rápidamente á Francia cuando más engolfadas y dispersas estuvieran las naves británicas en su persecución, para esperarlas en los mares de Europa, darles batalla, y vencida ó vencedora, llegar al canal de la Mancha y contribuir al desembarco en Inglaterra.

Ejecutado fué al pié de la letra este proyecto el mes de Junio por el almirante Villeneuve, quedando incompleto sólo en lo relativo á Gantheaume, quien

no pudo moverse de Brest a causa de las calmas, que lo sujetaban en el puerto. Pero el caso estaba previsto, y así, al dar Villeneuve la vuelta de Europa venía ya con el propósito de acometer á Cornwallis delante de Brest, de libertar á Gantheaume, y una vez reunidos sus buques al grueso de la escuadra, provocar á los ingleses con sesenta navíos que por tal modo tenía bajo sus órdenes, fuera cual fuese la fuerza y número del enemigo, en la embocadura del canal de la Mancha.

«Los ingleses—decía Napoleon con este motivo, lleno de confianza en el éxito de su plan—no saben lo que les aguarda, porque si puedo ser dueño del canal durante doce horas no más, ¡ay de la Gran Bretaña!»

XXXIX.

Cuando el Emperador lanzó este grito de alegría y de amenaza estaba en el campamento de Boulogne; tenía delante de sí á ciento setenta y cuatro mil hombres, vencedores del continente, que ansiaban arrojar sobre la presa, y esperaba por momentos nuevas de haber llegado Villeneuve y de su encuentro con Cornwallis. Villeneuve se acercaba, en efecto; pero persuadido Nelson, que iba en su busca valerosamente con once navíos, persiguiéndolo á la ventura, como en otro tiempo á Brueys, de que hacía rumbo á Europa, se acercaba también á las costas de Inglaterra, y despachaba un buque muy velero para comunicar sus recelos al Gobierno británico, á fin de que se hallara prevenido. Al llegar Villeneuve á la altura del Ferrol, una espesa niebla le hizo caer en medio de la escuadra del almirante

Calder, fuerte de veintiuna velas, y con esto franco-españoles é ingleses trabaron la más desconcertada batalla que se haya visto, sin gloria para ninguno. Dos navíos españoles sucumbieron, sin embargo, al impetu de los enemigos; pero en vez de buscar Villeneuve al día siguiente, y pasada que fué la bruma, la estela del inglés y acabarlo, como se le había dicho, entró en el Ferrol para carenar sus averías, cosa que pudo dejar para mejor ocasion por no ser estas considerables ni urgentes, prolongándose tanto su estancia en Galicia, que dió lugar á recibir de nuevo la orden de levantar sin más tardanza el bloqueo de Brest, incorporarse á Gantheaume y presentarse con su escuadra en el canal. Pero si bien contestó el almirante que así lo haría, persuadido de que Nelson, Calder y Cornwallis reunidos lo aguardaban en el Océano para destruirlo, en vez de ir á Brest y al canal de la Mancha, se hizo á la vela para Cádiz, en cuyo puerto encerró la flota cuando más necesario era que aun á costa de los mayores peligros cumpliese las instrucciones y el mandato expreso y terminante de Napoleon.

XL.

Aquel era el momento decisivo de Napoleon, á quien sólo quedaban pocas horas ya para evitar la declaración de guerra del Austria y la insurrección de la Alemania entera, fomentada y pagada por el genio patriótico de Mr. Pitt, cuyo peculio y cuya política eran tan eficaces desde hacía muchos años á salvar su patria. Persuadido el Emperador de que ya debía estar Villeneuve cerca de Brest, escribió á Gantheaume, aprisionado hacía tantos meses en el

puerto que aquél iba en su concepto á franquearle:

«¡Salid de ahí sin más tardanza, y venid para que vengamos en un día seis siglos de quebrantos, daños é ignominias! ¡Venid; que nunca mis soldados de mar y tierra podrán exponer la vida por causa más grande y generosa!»

«¡Salid de ahí,—escribía también Villeneuve;—salid y llegad sin perder un instante, y con mis escuadras combinadas entrad en el canal de la Mancha! ¡Estamos todos prevenidos y listos para el desembarque! ¡Llegad presto, y en veinticuatro horas queda hecho cuanto hay que hacer!»

XLI.

El estilo febril de las órdenes que acabamos de trascribir refleja mejor que pudiéramos hacerlo nosotros el estado del alma de Napoleón en aquel momento supremo. Pero todos sus planes cayeron en tierra muy luego con la noticia de haber llegado Villeneuve á Cádiz, proponiéndose no salir por el momento de su puerto, y de la inmovilidad forzosa de Gantheaume.

«Villeneuve—gritaba Napoleón enfurecido, desquitándose de la fatalidad en el hombre, según costumbre—no es digno de mandar una fragata siquiera. ¡Ese hombre me afronta con su cobardía!»

Y prosiguió en el mismo tono, prodigándole delante del ministro de Marina los más ofensivos epítetos, y calificándole á cada paso de cobarde y traidor, pues en ocasiones como aquella la menor muestra de prudencia, por justificada que fuera, si contrariaba en algo sus proyectos, no merecía otros nombres.

«Esto es hecho,—escribió en el acto á M. de Talleyrand, su ministro de Relaciones exteriores;—mis barcos no parecen. Si llegaran de un momento á otro, aún sería tiempo; me arrojaría con ellos sobre Inglaterra y cortaría en Londres el nudo gordiano de la coalición. Pero si, por el contrario, mis almirantes no cumplen con su deber ó maniobran mal, entraré con doscientos mil hombres en Alemania, tomaré á Viena y expulsaré de Nápoles á los Borbones, y cuando haya pacificado el continente, volveré al Océano y en él conquistaré la paz marítima!»

No permaneció largo tiempo en la incertidumbre. Paseándose á orillas del mar, y devorando con los ojos las costas de Inglaterra, que, merced á la claridad del día, uno de los más serenos y apacibles del verano, se divisaban en la línea del horizonte, halló á Napoleón el mensajero portador de la noticia en que se daba cuenta de la retirada de Villeneuve á Cádiz; y rompiendo en imprecaciones con la lectura del pliego, lo arrojó al agua. En su despecho habría, nuevo Jerges, hecho azotar el nuevo Helesponto que no tanto la naturaleza como la pusilanimidad de sus almirantes le cerraba y hacía inexpugnable. Mas no bien hubo pasado aquel arranque de cólera, después de mandar al ministro de Marina que reemplazara con Rosily al torpe de Villeneuve, salió camino de Ulm al frente de un ejército de doscientos cincuenta mil combatientes, consolándolo á seguida la victoria en los campos de batalla del fracaso de sus esperanzas á orillas del Océano.

XLII.

Temeroso, no obstante, Villeneuve de la cólera de Napoleon, cuyos efectos habia comenzado á sentir ya, si bien amortiguados por la indulgencia y los miramientos del ministro de Marina Decrés, temblaba con la idea de ser destituido en Cádiz ante sus oficiales y marineros; castigo dispuesto en Boulogne por el Emperador, pero que su jefe le ocultaba todavía bondadosamente. Agitado de tristes presagios y esperando de un momento á otro recibir nuevas de su desgracia en el favor de Napoleon, pasaba el tiempo pertrechando los buques, ejercitando la marinería y cimentando con los almirantes Gravina y Cisneros la confraternidad indispensable á crear una sola nacion de ambas escuadras. Prometiase Villeneuve, despues de haber formado y aguerrido su armada, volver á darse á la vela y salir, no sólo en condiciones de superioridad numérica, sino de paridad en punto á táctica, y merced á ello recuperar con creces en un dia la gloria perdida por efecto de sus continuas vacilaciones. Fluctuando, pues, entre la desesperacion de lo pasado y la esperanza de lo porvenir, supo Villeneuve la repentina llegada de Rosily á Madrid, y que las gentes lo designaban por sucesor suyo en el mando supremo de la escuadra combinada; y persuadiéndose de su desgracia y de su deshonra si esperaba en el puerto al recién venido, y queriendo evitar la mengua que lo amenazaba merced á una victoria que fuera eficaz á protegerlo ó á vengarlo de la cólera del César, ó perecer, al ménos, en una derrota gloriosa que lo enalteciera por el martirio

y la muerte, salió de Cádiz el 18 de Octubre á la cabeza de cuarenta y dos navios y fragatas con rumbo al estrecho de Gibraltar.

XLIII.

Pero volvamos al héroe de Inglaterra. Ya dijimos que despues de haber recorrido por espacio de dos años consecutivos el Océano y el Mediterráneo en todas direcciones, persiguiendo las escuadras francesas combinadas, sólo pudieron éstas escapar á sus cruceros refugiándose la una en Cádiz y permaneciendo la otra recogida en Brest. Pero Nelson, que no habia saltado en tierra una sola vez en el trascurso de tres años, arribó al cabo de ellos á Portsmouth con propósito de tomar algun descanso, ya que podia tambien descansar la patria; y abrumado de laureles, colmado de riquezas, satisfecho de gloria, mutilado y cubierto su cuerpo de muchas heridas, enfermo, sediento de amor y ansioso únicamente de gozar en la soledad del campo y en la compañía de una mujer adorada los dias que sus dolencias le dejaran vivir, se instaló en la quinta de Merton, á la cual habia hecho trasladar sus tesoros y muebles. Lady Hamilton, su hija y sus hermanas, reunidas allí y esperándolo, le preparaban en aquel plácido retiro cuanto bienestar y felicidad interior puede gozar el hombre con la conciencia remordida.

Pocos dias hacía que disfrutaba de la deliciosa soledad en que vivia, cuando una mañana de otoño, al despuntar del alba, llamaron á la puerta de su casa. Nelson, que conservaba en tierra las costumbres de á bordo, y que sólo dormia breves horas y

áun así con interrupciones más ó ménos largas, estaba ya vestido. Hizo abrir, y entró un oficial de marina, llamado Blackwood, con pliegos del almirantazgo.

«Estoy seguro—dijo Nelson al capitán—de adivinar lo que vais á decirme. Traéis nuevas de las escuadras combinadas, y en esos pliegos se manda que las destruya.»

Blackwood, en efecto, anunció á Nelson que despues de haber hecho escala en Vigo, se habian guarecido en Cádiz para rehacerse y pertrecharse de lo necesario.

«Perfectamente,—replicó Nelson con la mayor confianza;—estad cierto de que daré buena lección á Villeneuve.»

Y sin añadir más palabra comenzó sus preparativos de viaje á Londres para ponerse á las órdenes del Gobierno lo ántes posible. Pero conmovido con la idea del dolor que su ausencia y el motivo de ella causaría en lady Hamilton y sus hermanas, le faltaron las fuerzas para revelarles lo sustancial de los despachos que habia recibido y su resolución de sacrificar el reposo y la felicidad de todos á nuevas empresas. Nada dijo, pues, y procuró apartar la conversacion del asunto que verdaderamente lo preocupaba, tratando de todo menos de aquello, para encubrir mejor la preocupacion y la tristeza de su alma. Sin embargo de sus precauciones, lady Hamilton no se dejó engañar, pues con la sagacidad propia del amor presintió algo de misterioso en Nelson, y queriendo aclararlo se apartó con él de los demas, y le preguntó con ternura por la causa de su pena.

«Ninguna tengo,—le contestó el Almirante, haciendo un esfuerzo por sonreirse,—pues soy com-

pletamente feliz en el seno del amor y de la familia; el aire y la tranquilidad del campo van restableciendo mi salud, y con ella comenzando á persuadirme de que aún viviré contento muchos años; y es tan cierto lo que digo, que no cambiaria este retiro por el palacio del rey de Inglaterra.»

Pero como lady Hamilton no quedó satisfecha con estos subterfugios de la ternura de su amigo, le replicó que leia en su pensamiento como en un libro las ideas que lo agitaban en aquel instante, siendo en vano que se propusiera disimularlas por más tiempo; que habia recibido noticias de la escuadra combinada, que la consideraba cual si fuera su conquista legítima y patrimonio de su gloria, y que se consumiria de dolor y de celos si otro almirante alcanzaba ese triunfo, que á su parecer constituía la única verdadera recompensa y coronamiento de los dos años de fatiga que habia pasado en el Océano persiguiéndola tan incansable y gloriosamente.

«Horacio,—prosiguió Emma con los ojos arrasados en lágrimas;—por grande y doloroso que sea para nosotros separarnos de nuevo apénas llegado tras ausencia tan larga, no vaciles un momento en ofrecer tus servicios á la patria si los necesita para su bien; ella los aceptará satisfecha y orgullosa de tí, cifrando en tu pericia y en tu valor sus esperanzas, y tú recobrarás la paz del alma que has menester para ser feliz en todo cuando volvamos á reunirnos en esta soledad, donde quedará aguardándote, y me hallarás amante como siempre para nunca más apartarnos uno de otro.»

Lo cual oido de Nelson, se conmovió hasta derramar abundantes lágrimas, pensando en la dulzura del medio empleado por aquella mujer para obligarlo á descubrir su secreto, y en la grandeza de

su alma que no queria ni aun la propia felicidad á costa de la gloria de su héroe.

«¡Emma de mi corazon! ¡Querida y magnánima Emma! —le contestó el marino;—sin tí, Nelson sería como si no fuese.»

XLIV.

Nelson salió para Lóndres aquella tarde. Los lores del Almirantazgo y el Gobierno lo esperaban para confiarle con el mando de la escuadra la designacion de jefes, oficiales y barcos. Los preparativos se hicieron con rapidez extraordinaria; su celo estimulaba el entusiasmo de todos, y la menor dificultad, la más leve demora que pudiera dar ocasion á Villeneuve de salir de Cádiz la vuelta de las Indias ó de las Antillas lo ponía fuera de sí. Enarboló su insignia en el mismo navio teatro de tantos episodios gloriosos para él durante los años pasados, y se hizo á la vela. Y como en el momento de tomar el mando de la flota pareciera sobrecogerlo fúnebre ó glorioso presentimiento, hizo llamar á su ebanista y le dijo que tallara su epitafio, compendiando la historia de su vida en el féretro que ya estaba labrado con despojos de la arboladura de un navio frances de Abukir, que le regaló despues de la victoria el capitan Halwell.

«Dáos priesa, porque lo necesito para la vuelta.» —concluyó Nelson con tono profético; que la idea de la muerte no se apartaba entónces de su entendimiento, aunque no la temia sino al pensar en el duelo de su anciano padre y de lady Hamilton.

«Anoche dejé mi caro retiro de Merton, —escribió en su diario con fecha 14 de Setiembre de 1805; —la

casa inolvidable donde queda todo cuanto amo y me hace desear la vida para servir al Rey y á la patria. ¡Plegue á Dios, ante quien me prosterno y humillo, hacerme digno de las grandes cosas que de mí espera la patria! Si es su voluntad que vuelva sano y salvo despues de haber cumplido con mi deber, no cesaré de darle gracias por tanta misericordia miéntras viva; pero sí, por el contrario, su buena y sábia providencia es servida de abreviar el término de mis días, me someto resignado y humilde á su omnipotente voluntad, confiando en la esperanza de que ampare y proteja, como se lo pido con el alma, los séres amados que dejo en pos de mí! ¡Hágase su voluntad! ¡Amén, Amén, Amén!»

Bien se ve por las líneas trascritas que las flaquezas y desórdenes del corazon no habian podido velar en el héroe la idea y los sentimientos que constituyen la única grandeza de los séres humanos, y que la piedad y el heroísmo se confortaban mutuamente y palpitaban acordes en su pecho.

XLV.

El dia de su embarque á bordo del navio *Victory*, en la rada de Portsmouth, lo fué de ovacion y triunfo juntamente, pues los moradores de la costa, en número de un millon de hombres, acudieron entusiasmados para saludarlo con sus aclamaciones, oyéndose mezclado al rumor de los vítores y de las olas el estampido de los cañonazos de la escuadra en honor de su almirante. La nacion inglesa entera, tan grande por ser agradecida, parecia en aquellos momentos sentir la victoria de sus armas y la muerte del caudillo; y como las relaciones de los